

Martín se armó de valor y se acercó a Martina con paso acelerado, como si fuera a perder el valor si se detenía siquiera un poco. No tenía nada que ofrecerle salvo su amor y una alhaja sin valor, pero ¿quién tenía nada después de que la guerra arrasara con todo?

Cuando por fin llegó hasta ella, Martina le esperaba, esperanzada. Todo su mundo había quedado destruido por las bombas, pero él seguía vivo y no le importaba nada más, a pesar de que Martín había mantenido las distancias desde que perdió su hogar y su medio de vida en el mismo ataque.

—Cásate conmigo —dijo él, con torpeza, y le tendió el anillo de forma tan brusca que casi se le cayó a los escombros.

—Con mucho gusto —respondió Martina, y se lo puso en el dedo con delicadeza, como si fuera de oro y diamantes, no de metal y piedras falsas.

Martín se tambaleó y suspiró con alivio. Tendrían que trabajar duro para volver a empezar ahora que la guerra había acabado, pero con la fuerza de su amor saldrían adelante.